

Vesle de limpio acero
Cercado, y con la espada relumbrante,
Como rayo ligero,
Cuanto le va delante
Destroza y desbarata en un instante.
De grave espanto herido,
Los rayos de vista no sostiene
El moro descreído;
Por valiente se tiene
Cualquier que para huir ánimo tiene.
Huye, si puedes tanto,
Huye; mas por demás, que no hay huida;
Bebe dolor y llanto
Por la misma medida
Con que ya España fué de ti medida.
Como leon hambriento
Sigue, teñida en sangre espada y mano,
De mas sangre sediento,
Al moro que huye en vano;
De muertos queda lleno el monte llano.
¡Oh gloria, oh gran prez nuestra,
Escudo fiel, oh celestial guerrero!
Vencido ya se muestra
El africano fiero
Por ti, tan orgulloso de primero.
Por ti del vituperio,
Por ti de la afrentosa servidumbre
Y triste cautiverio
Libres en clara lumbre,
Y de la gloria estamos en la cumbre.
Siempre venció tu espada,
O fuese de tu mano poderosa,
O fuese meneada
De aquella generosa
Que sigue tu milicia religiosa.
De tu virtud divina
La fama, que resuena en toda parte,
Siquiera sea vecina,
Siquiera mas se aparte,
A la gente conduce á visitarte.
El áspero camino
Vence con devoción, y al fin te adora
El franco, el peregrino
Que Libia descolora,
El que en Poniente, el que Levante mora.

Á NUESTRA SEÑORA.

Virgen que el sol mas pura,
Gloria de los mortales, luz del cielo,
En quien es la piedad como la alteza,
Los ojos vuelve al suelo,
Y mira un miserable en cárcel dura,
Cercado de tinieblas y tristeza;
Y si mayor baja
No conoce, ni igual, juicio humano,
Que el estado en que estoy por culpa ajena,
Con poderosa mano
Quiembra, Reina del cielo, la cadena.
Virgen en cuyo seno
Halló la Deidad digno reposo,
Do fué el rigor en dulce amor trocado,
Si blando al rigoroso
Volviste, bien podrás volver sereno
Un corazón de nubes rodeado;
Descubre el deseado
Rostro, que admira el cielo, el suelo adora;
Las nubes huirán, lucirá el día.
Tu luz, alta Señora,
Venza esta ciega y triste noche mía.
Virgen y madre junto,
De tu Hacedor dichosa engendradora,
A cuyos pechos floreció la vida,
Mira cómo empeora
Y crece mi dolor mas cada punto;
El odio cunde, la amistad se olvida;
Si no es de ti valida
La justicia y verdad, que tu engendraste,
¿Adónde hallará seguro amparo?
Y pues madre eres, baste
Para contigo el ver mi desamparo.

Virgen del sol vestida,
De luces eternas coronada,
Que huellas con divinos piés la luna;
Envidia emponzoñada,
Engaño agudo, lengua fementida,
Odio cruel, poder sin ley ninguna,
Me hacen guerra á una.
Pues contra un tal ejército maldito,
¿Cuál pobre y desarmado será parte,
Si tu nombre bendito,
María, no se muestra por mi parte?
Virgen por quien vencida
Llora su perdición la sierpe fiera,
Su daño eterno, su burlado intento,
Miran de la ribera,
Seguras, muchas gentes mi caída,
El agua violenta el flaco aliento;
Los unos con contento,
Los otros con espanto, el mas piadoso
Con lástima la inútil voz fatiga;
Yo, puesto en ti el lloroso
Rostro, cortando voy onda enemiga.
Virgen, del Padre esposa,
Dulce madre del Hijo, templo santo
Del inmortal Amor, del hombre escudo,
No veo sino espanto.
Si miro la morada, es peligrosa;
Si la salida, incierta; el favor mudo,
El enemigo crudo,
Desnuda la verdad, muy proveída
De armas y valedores la mentira,
La miserable vida
Solo cuando me vuelvo á ti respira.
Virgen que al alto ruego
No mas humilde sí diste que honesto,
En quien los cielos contemplar desean;
Como terrero puesto,
Los brazos presos, de los ojos ciego,
A cien flechas estoy que me rodean,
Que en herirme se emplean.
Siento el dolor, mas no veo la mano,
Ni me es dado el huir ni el escudarme.
Quiera tu soberano
Hijo, Madre de amor, por ti librarne.
Virgen, lucero amado,
En mar tempestuoso clara guía,
A cuyo santo rayo calla el viento,
Mil olas á porfía
Hunden en el abismo un desarmado
Leño de vela y remo, que sin tiento
El húmedo elemento
Corre; la noche carga, el aire truena,
Ya por el cielo va, ya el suelo toca,
Gime la rota antena;
Socorre antes que embista en dura roca.
Virgen no empcionada
De la comun mancilla y mal primero
Que al humano linaje contamina,
Bien sabes que en ti espero
Dende mi tierna edad; y si malvada
Fuerza, que me venció, ha hecho indina
De tu guarda divina
Mi vida pecadora, tu clemencia
Tanto mostrará mas su bien crecido,
Cuanto es mas la dolencia,
Y yo merezco menos ser valido.
Virgen, el dolor fiero
Añuda ya la lengua, y no consiente
Que publique la voz cuanto desea;
Mas oye tú al doliente
Animo, que continuo á ti voces.

CANCION Á JESUCRISTO CRUCIFICADO.

Inocente Cordero,
En tu sangre bañado,
Con que del mundo los pecados quitas,
Del robusto madero
Por los brazos colgado
Abiertos, que abrazarme solicitas;
Ya que humilde marchitas

La color y hermosura
De ese rostro divino,
A la muerte vecino;
Antes que el alma soberana y pura
Parta para salvarme,
Vuelve los mansos ojos á mirarme.
Ya que el amor inmenso
Con último regalo
Rompe de esa grandeza las cortinas,
Y con dolor intenso
Arrimado á ese palo,
La cabeza rodeada con espinas
Hacia la Madre inclinas,
Y que la voz despidas
Bien de entrañas reales,
Y las culpas y males
A la grandeza de tu Padre pides
Que sean perdonados,
Acuérdate, Señor, de mis pecados.
Aquí donde das muestras
De maniroto y largo
Con las palmas abiertas con los clavos;
Aquí donde tú muestras
Y ofreces mi descargo;
Aquí donde redimes los esclavos,
Donde por todos cabos
Misericordia brotas,
Y el generoso pecho
No queda satisfecho
Hasta que el cuerpo de la sangre agotas;
Aquí, Redentor, quiero
Venir á tu justicia yo el primero.
Aquí quiero que miras
Un pecador metido
En la ciega prision de sus errores;
Que no temo te aires
En mirarte ofendido,
Pues abogando estás por pecadores;
Que las culpas mayores
Son las que mas declaran
Tu noble pecho santo,
De que te precias tanto;
Pues cuando las mas graves se reparan,
En mas tu sangre empleas,
Y mas con tu clemencia te recreas.
Por mas que el peso grave
De mi culpa se siente
Cargar sobre mi corvo y flaco cuello,
Que tu yugo suave
Sacudió, inobediente,
Quedando en nueva sujecion por ello;
Por mas que el suelo huella
Con pasos tan cansados,
Alcanzarte confío;
Que, pues por el bien mio
Tienes los soberanos piés clavados
En un madero firme,
Seguro voy que no podrás huirme.
Seguro voy, Dios mio,
De que el bien que deseo
Tengo siempre de hallar en tu clemencia;
De ese corazón fio,
A quien ya claro veo
Por las ventanas de ese cuerpo abierto,
Que está tan descubierto,
Que un ladrón maniatado
Que lo ha contigo á solas,
En dos palabras solas
Te lo tiene robado;
Y si esperamos, luego
De aquí á bien poco le acertará un ciego.
A buen tiempo he llegado,
Pues es cuando tus bienes
Repartes con el Nuevo Testamento.
Si á todos has mandado
Cuantos presentes tienes,
Tambien ante tus ojos me presento;
Y cuando en un momento
A la Madre hijo mandas,
Al discípulo madre,
El espíritu al Padre,
Gloria al ladrón,

¿Cómo entre tantas mandas
Ser mi desgracia puede
Tanta, que solo yo vacío quedé?
Miradme, que soy hijo
Que por mi inobediencia
Justamente podeis desheredarme.
Ya tu palabra dijo
Que hallaría clemencia
Siempre que á ti volviese á presentarme.
Aquí quiero abrazarme,
A los piés de esta cama
Donde estás espirando;
Que si, como demando,
Oyes la voz llorosa que te llama,
Grande ventura espero,
Pues siendo hijo, quedaré heredero.
Por testimonio pido
A cuantos te están viendo,
Cómo á este tiempo bajas la cabeza:
Señal que has concedido
Lo que te estoy pidiendo,
Como siempre esperé de tu largueza.
¡Oh admirable grandeza!
¡Caridad verdadera!
Que, como sea cierto
Que hasta el testador muerto
No tiene el testamento fuerza entera,
Tan generoso eres,
Que porque todo se confirme mueres.
Canción, de aquí no hay paso.
Las lágrimas sucedan
En vez de las palabras que te quedan;
Que esto nos pide el lastimoso caso,
No contentos agora,
Cuando la tierra, el sol y el cielo llora.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO.

La cana y alta cumbre
De liberi, clarísimo Carrero,
Contiene en si tu lumbre
Ya casi un siglo entero,
Y mucho en demasia
Detiene nuestro gozo y alegría;
Los gozos que el deseo
Figura ya en tu vuelta, y determina
Adó vendrá el Lileo,
Y de la Cabalina
Fuente la moradora,
Y Apolo con la citara cantora.
Bien eres generoso
Pimpollo de ilustrísimos mayores;
Mas esto, aunque glorioso,
Son títulos menores,
Que tú por ti venciendo,
A par de las estrellas vas luciendo.
Y juntas en tu pecho
Una suma de bienes peregrinos,
Por donde con derecho
Nos colmas de divinos
Gozos con tu presencia,
Y de cuidados tristes con tu ausencia.
Porque ha salteado
En medio de la paz la cruda guerra
Que agora el Marte airado
Despierta en la alta sierra,
Lanzando rabia y sañas
En las infieles bárbaras entrañas;
Do mete á sangre y fuego
Mil pueblos el morisco descreído,
A quien ya perdon ciego
Hubimos concedido,
A quien en santo baño
Tenemos para nuestro mayor daño;
Para que el nombre amigo,
¡Ay piedad! cruel desconociere
El ánimo enemigo,
Y así mas ofendiese;
Mas tal es la fortuna,
Que no sabe durar en cosa alguna.

Ansi la luz que agora
Serena relucia con nublados,
Veréis negra á deshora,
Y los vientos alados
Amontonando luego
Nubes, lluvias, horrores, trueno y fuego.

Mas tú, que solamente
Temes al claro Alfonso, que inducido
De la virtud ardiente
Del pecho no vencido,
Por lo mas peligroso
Se lanza, discurriendo vitorioso;
Como en la ardiente arena
El libico leon las cabras sigue,
Las haces desordena
Y rompe, y las persigue,
Armado relumbrando,
La vida por la gloria aventurando.

Testigo es la fragosa
Poqueira, cuando él solo, y traspasado
Con flecha ponzoñosa,
Sostuvo denodado,
Y convirtió en huida
Mil banderas de gente descreída.

Mas sobre todo, cuando
Los dientes de la muerte agudos, fiera,
Apenas declinando,
Alzó nueva bandera,
Mostró bien claramente
De valor no vencible lo excelente.
El pues relumbre claro
Sobre sus claros padres, mas tú en tanto,
Dechado de bien raro,
Abraza el ocio santo,
Que mucho son mejores
Los frutos de la paz, y muy mayores.

A NUESTRA SEÑORA.

No viéramos el rostro al Padre Eterno
Alegre, ni en el suelo al Hijo amado
Quitar la tiranía del infierno,
Ni el fiero capitán encadenado;
Viviéramos en llanto sempiterno,
Durara la ponzoña del bocado,
Serenísima Virgen, si no hallara
Tal Madre Dios en vos donde encarnara.

Que aunque el amor del hombre ya habia hecho
Mover al Padre eterno á que enviase
El único engendrado de su pecho
A que encamando en vos le reparase,
Con vos se remedió nuestro derecho,
Hicistes nuestro bien se acrecentase,
Estuvo nuestra vida en que quisistes
Madre digna de Dios, y así vencistes.
No tuvo el Padre mas, Virgen, que daros,
Pues quiso que de vos Cristo naciese,
Ni vos tuvistes mas que deseáros,
Siendo el deseo tal, que en vos cupiese;
Habiendo de ser Madre, contentaros
Pudiérades con serlo de quien fuese
Menos que Dios, aunque para tal Madre,
Bien estuvo ser Dios el Hijo y Padre.

Con la humildad que al cielo enriquecistes,
Vuestro ser sobre el cielo levantastes;
Aquello que fué Dios solo no fuistes,
Y cuanto no fué Dios, atrás dejastes;
Alma santa del Padre concebistes,
Y al Verbo en nuestro vientre le cifrastes;
Que lo que el cielo y tierra no abrazaron,
Vuestras santas entrañas encerraron.

Yaunque sois madre, sois virgen entera,
Hija de Adán, de culpa preservada,
Y en orden de nacer vos sois primera,
Y antes que fuese el cielo sois criada;
Piadosa sois, pues la serpiente fiera
Por vos vió su cabeza quebrantada;
A Dios de Dios bajáis del cielo al suelo,
Del hombre al hombre alzais del suelo al cielo.
Estáis ahora, Virgen generosa,
Con la perpétua Trinidad sentada,

Do el Padre os llama Hija, el Hijo Esposa,
Y el Espíritu Santo dulce Amada;
De allí con larga mano y poderosa
Nos repartis la gracia que os es dada;
Allí gozais, y aquí para mi pluma,
Que en la esencia de Dios está la suma.

Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
Del sábio que se retira
De aqueste mundo malvado,
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso
Con solo Dios se compasa,
Y á solas su vida pasa,
Ni envidiado ni envidioso.

DEL MUNDO Y SU VANIDAD.

Los que teneis en tanto
La vanidad del mundanal ruido,
Cuál áspide al encanto
Del mágico temido,
Podréis tapar el contumaz oído.
¡Por qué mi ronca musa,
En lugar de cantar como solía,
Tristes querellas usa,
Y á sátira la guía
Del mundo la maldad y tiranía?

Escuchen mi lamento
Los que, cual yo, tuvieren justas quejas;
Que bien podrá su acento
Abrasar las orejas,
Rugar la frente y enarcar las cejas.
Mas no podrá mi lengua
Sus males referir ni comprendellos,
Ni sin quedar sin mengua
La mayor parte dellos,
Aunque se vuelvan lenguas mis cabellos.

Pluguiera á Dios que fuera
Igual á la experiencia el desengaño,
Que dárselo pudiera,
Porque, si no me engaño,
Naciera gran provecho de mi daño.

No condeno del mundo
La máquina, pues es de Dios hechura;
En sus abismos fundo
La presente escritura,
Cuya verdad el campo me asegura.
Inciertas son sus leyes,
Incierta su medida y su balanza,
Sujetos son los reyes,
Y el que menos, alcanza
A miserable y súbita mudanza.

No hay cosa en él perfeta:
En medio de la paz arde la guerra,
Que al alma mas quieta
En los abismos cierra,
Y de tu patria celestial destierra.
Es caduco, mudable,
Y en solo serlo mas que peña firme,
En el bien variable,
Porque verdad confirme,
Y con decillo su maldad afirme.
Largas sus esperanzas,
Y para conseguir el tiempo breve,
Penosas las mudanzas
Del aire, sol y nieve,
Que en nuestro daño el cielo airado mueve.

Con rigor enemigo
Las cosas entre sí todas pelean,
Mas el hombre consigo,
Contra él todas se emplean,
Y toda perdición suya desean.
La pobreza envidiosa
Es de los por quien fué mas alabada,
Mas esta no reposa

Para ser conservada,
Ni puede aquella tener gusto en nada.
La soledad huida
Es de los por quien fué mas alabada,
La trápala seguida
Y con sudor comprada
De aquellos por quien fué menospreciada.
Es el mayor amigo
(Espejo, día, lumbre en que nos vemos),
En presencia testigo
Del bien que no tenemos,
Y en ausencia del mal que no hacemos.
Pródigo en prometernos,
Y en cumplir tus promesas, mundo, avaro,
Tus cargos y gobiernos
Nos enseñan bien claro
Que es tu mayor placer, de balde, caro.

Guay de aquel que procura,
Pues hace la prision, adó se queda
En servidumbre dura,
Cual gusano de seda,
Que en su delgada fabrica se enreda.
Porque el mejor es cargo,
Y muy pesado de llevar agora,
Y despues mas amargo,
Pues perdeis á deshora
Su breve gusto, que sin fin se llora.

Tal es la desventura
De nuestra vida y la miseria della,
Que es próspera ventura
Nunca jamás tenella
Con justo sobresalto de perdella.
De do, señores, nace
Que nadie de su estado está contento,
Y mas le satisface
Al libre el casamiento,
Y al que es casado, el libre pensamiento.

¡Oh dichosos tratantes!
Ya quebrantado del pasado yerro,
Escapado denantes
Por hacer tanto yerro,
Dice el soldado en áspero destierro;
Que pasais vuestra vida
Muy libre ya de trabajosa pena,
Segura la comida,
Y mucho mas la cena,
Llena de risa, y de pesar ajena.
¡Oh dichoso soldado!
Responde el mercader del espacioso
Mar en alto llevado,
Que gozas de reposo
Con presta muerte ó con vencer glorioso.

El rústico villano
La vida con razon envidia y ama
Del consulto tirano,
Que desde la su cama
Oye la voz del consultor que llama;
El cual por la fianza
Del campo á la ciudad por mal llevado,
Llama sin esperanza
Del buey y corvo arado
A la ciudad, no bienaventurado.

Y no solo sujetos
Los hombres viven á miserias tales,
Que por ser mas perfetos,
Lo son todos sus males,
Sino tambien los brutos animales.
Del arado quejoso,
El perezoso buey pide la silla,
Y el caballo brioso
(Mirad qué maravilla)
Querria mas arar que no sufrilla;

Y lo que mas admira,
Mundo cruel, de tu costumbre mala,
Es ver cómo al que aspira
Al bien que le señala,
Su misma inclinacion luego resbala.
Pues no tan presto llega
El término por él tan deseado,
Cuando es de torpe y ciega
Voluntad despreciado,
O de fortuna en tierno agraz cortado.

Bastáranos la prueba
Que en otros tiempos ha la muerte hecho,
Sin la funesta nueva
De don Juan, cuyo pecho
Alevemente della fué deshecho;
Con lágrimas de fuego,
Hasta quedar en ellas abrasado,
O por lo menos ciego,
De miserias llorado,
Viniese á ser de todos consolado.

La rigurosa muerte,
Del bien de los cristianos envidiosa,
Rompió de un golpe fuerte
La esperanza dichosa,
Y del infiel la pena temerosa;
Mas porque de cumplida
Gloria no goce, de morir tal hombre,
La gente descreída,
Tu muerte les asombre
Con solo la memoria de tu nombre.

Sientan lo que sentimos,
Su gloria vaya con pesar mezclada,
Recuérdense que vimos
La mar acrecentada
Con su sangre vertida y no vengada.
La grave desventura
Del lusitano, por su mal valiente,
La soberbia bravura
De su animosa gente
Desbaratada miserablemente,
Siempre debe llorar, se llora;
Si como manda la razon se llora;

Mas no podrá jactarse
La parte vencedora,
Pues reyes dió por rey la gente mora.
Ansi que, nuestra pena
No les puede causar perpétua gloria,
Pues siendo toda llena
De sangrienta memoria,
No se puede llamar buena victoria.

Callo las otras muertes
De tantos reyes en tan pocos días,
Cuyas fúnebres suertes
Fueron anatomías,
Que liquidar podrán las peñas frias.
Sin duda cosas tales,
Que en nuestro daño todas se conjuran,
De venideros males
Muestras nos aseguran,
Y al fin universal nos apresuran.

¡Oh ciego desatino!
Que llevas nuestras almas encantadas
Por áspero camino,
Por partes desusadas,
Al reino del olvido condenadas;
Sacude con presteza
Del leve corazón el grave sueño
Y la tibia pereza,
Que con razon desdeño,
Y al ejercicio aspira que te enseñe.

Soy hombre piadoso
De tu misma salud, que va perdida;
Sácala del penoso
Trance do está metida;
Evitarás la natural caída,
A la cual nos inclina
La justa pena del primer bocado;
Mas en la rica mina
Del inmortal costado,
Muerto de amor, serás vivificado.

DEL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO.

Cancion.

En el profundo del abismo estaba
Del no ser encerrado y detenido,
Sin poder ni saber salir afuera,
Y todo lo que es algo en mí faltaba,
La vida, el alma, el cuerpo y el sentido,
Y en fin, mi ser no ser entonces era,

Y así desta manera
Estuve eternamente,
Nada visible y sin tratar con gente;
En tal suerte, que aun era muy mas buena
Del ancho mar la mas menuda arena,
Y el gusanillo de la gente hollado
Un rey era, conmigo comparado.
Estando pues en tal tiniebla oscura,
Volviendo ya con cuerpo presuroso
El sexto siglo el estrellado cielo,
Miró el gran padre, Dios, de la natura,
Y vióme en sí benigno y amoroso,
Y sacóme á la luz de aqueste suelo;
Vistióme deste velo
De flaca carne y hueso,
Mas dióme el alma, á quien no hubiera peso
Que impidiera llegar á la presencia
De la divina é inefable Esencia,
Si la primera culpa no agravara
Su ligereza, y alas derribara.
¡Oh culpa amarga, y cuánto bien quitaste
Al alma mia, cuánto mal hiciste!
Luego que fué criada y junto infusa,
Tú de gracia y justicia la privaste,
Y al mismo Dios contraria la pusiste,
Ciega, enemiga, sin favor, confusa.
Por tí siempre rehusa
El bien y la molesta
La virtud, y á los vicios está presta;
Por tí la fiera muerte ensangrentada,
Por tí toda miseria tuvo entrada,
Hambre, dolor, gemido, fuego, invierno,
Pobreza, enfermedad, pecado, infierno.
Así que, en los pañales del pecado
Fui (como todos) luego al punto envuelto,
Y con la obligacion de eterna pena
Con tanta fuerza y tan estrecho atado,
Que no pudiera della verme suelto
En virtud propia ni en virtud ajena,
Sino de aquella, llena
De piedad, tan fuerte
Bondad que con su muerte á nuestra muerte
Mató, y gloriosamente hubo deshecho,
Rompiendo el amoroso y sacro pecho
De donde mana soberana fuente
De gracia y de salud á toda gente.
En esto plugo á la bondad inmensa
Darme otro ser mas alto que tenia,
Bañándome en el agua consagrada.
Quedó con esto limpia de la ofensa,
Graciosa y bella el alma mia,
De mil bienes y dones adornada;
En fin, cual desposada
Con el Rey de la gloria.
¡Oh cuán dulce y suavísima memoria!
Allí la recibió por cara esposa,
Y allí le prometió de no amar cosa
Fuera dél ó por él mientras viviese.
¡Oh sí (de hoy mas siquiera) lo cumplierse!
Crecí despues y fui en edad entrando,
Llegué á la discrecion, con que debiera
Entregarme á quien tanto me habia dado,
Y en vez desto, la lealtad quebrando
Que en el bautismo sacro prometiera
Y con mi propio nombre habia firmado,
Aun no hubo bien llegado.
El deleite vicioso
Del cruel enemigo venenoso,
Cuando con todo di en un punto al traste.
¡Hay corazon tan duro en sí, que haste
A no romperse dentro en nuestro seno,
De pena el mio, de lástima el ajeno?
Mas que la tierra queda tenebrosa
Cuando su claro rostro el sol ausenta,
Y á bañar lleva al mar su carro de oro;
Mas estéril, mas seca y pedregosa
Que cuando largo tiempo está sedienta,
Quedó mi alma sin aquel tesoro
Por quien yo plaño y lloro,
Y hay que llorar continuo,
Pues que quedé sin luz del sol divino
Y sin aquel rocío soberano

Que obraba en ella el celestial verano;
Ciega, disforme, torpe, y á la hora
Hecha una vil esclava, de señora.
¡Oh Padre inmenso, que inmóvil estando,
Das á las cosas movimiento y vida,
Y las gobiernas tan suavemente,
¡Qué amor detuvo tu justicia cuando
Mi alma, tan ingrata y atrevida,
Dejando á tí, del bien eterno fuente,
Con ansia tan ardiente
En aguas detenidas
De cisternas corruptas y podridas
Se echó de pechos ante tu presencia?
¡Oh divina y altísima clemencia!
¡Que no me despeñases al momento
En el lago profundo del tormento!
Sufríome entonces tu piedad divina,
Y sacóme de aquel hediondo cieno,
Do sin sentir aun el hedor estaba
Con falsa paz el ánima mezquina,
Juzgando por tan rico y tan sereno
El miserable estado que gozaba,
Que solo deseaba
Perpétuo aquel contento;
Pero sopló á deshora un manso viento
Del Espíritu eterno, y enviando
Un aire dulce al alma, fué llevando
La espesa niebla que la luz cubria,
Dándole un claro y muy sereno dia.
Vió luego de su estado la vileza,
En que guardando inmundos animales,
De su tan vil manjar aun no se hartaba;
Vió el fruto del deleite y de torpeza
Ser confusion y penas tan mortales;
Temió la recta y no doblada vara,
Y la severa cara
De aquel Juez sempiterno.
La muerte, juicio, gloria, fuego, infierno,
Cada cual acudiendo por su parte,
La cercan con tal fuerza y de tal arte,
Que quedando confuso y temeroso,
Temblando estaba, sin hallar reposo.
Ya que, en mi vuelta, sosegué algun tanto,
En lágrimas bañando el pecho y suelo,
Y con suspiros abrasando el viento,
« Padre piadoso, dije, Padre santo,
Benigno Padre, Padre de consuelo,
Perdonad, Padre, aqueste atrevimiento;
A vos vengo, aunque siento
(De mi mismo corrido)
Que no merezco ser de vos oido;
Mas mirad las heridas que me han hecho
Mis pecados, cuán roto y cuán deshecho
Me tienen, y cuán pobre y miserable,
Ciego, leproso, enfermo, lamentable.
« Mostrad vuestras entrañas amorosas
En recibirme agora y perdonarme,
Pues es, benigno Dios, tan propio vuestro
Tener piedad de todas vuestras cosas.
Y si os place, Señor, de castigarme,
No me entreguéis al enemigo nuestro;
A diestro y á siniestro
Tomad vos la venganza,
Herid en mí con fuego, azote y lanza;
Cortad, quemad, romped, sin duelo alguna
Atormentad mis miembros de uno á uno,
Con que, despues de aqueste tal castigo,
Volvais á ser, mi Dios, mi buen amigo.»
Apenas hube dicho aquesto, cuando
Con los brazos abiertos me levanta.
Y me otorga su amor, su gracia y vida,
Y á mis males y llagas aplicando
La medicina soberana y santa
A tal enfermedad constituida,
Me deja sin herida,
De todo punto sano,
Pero con las heridas del tirano
Hábito, que iba ya en naturaleza
Volviéndose, y con una tal flaqueza,
Que aunque sané del mal y su accidente,
Diez años há que soy convaleciente.

CANCION AL NACIMIENTO DE LA HIJA DEL MARQUÉS
DE ALCAÑICES.

Inspira nuevo canto,
Caliope, en mi pecho en este dia,
Que de los Borjas canto
Y Enriquez la alegría,
Y el rico don que el cielo les envia.
Hermoso sol luciente,
Que el dia traes y llevas rodeado
De luz resplandeciente
Mas de lo acostumbrado;
Sol, ya verás nacido tu traslado.
O si te place ahora,
En region solitaria y escondida
Detente allá en buen hora;
Que con la luz nacida
Podrá ser nuestra esfera esclarecida.
Alma divina, en velo
De femeniles miembros encerrada,
Cuando veniste al suelo
Robaste de pasada
La celestial riquísima morada.
Diéronte bien sin cuento
Con voluntad conforme y amorosa
Quien rige el movimiento,
Sexto, con la alta diosa
Que en la tercera rueda es poderosa.
De tu belleza rara
El envidioso viejo mal pagado,
Torcíó el paso y la cara,
Y el fiero Marte airado
El camino dejó desocupado;
Y el rojo y crespo Apolo,
Que tus pasos guiando, decendia
Contigo al bajo polo,
La cítara heria,
Y con divino canto así decia:
«Deciende en punto bueno,
Espíritu real, al cuerpo hermoso,
Que en el ilustre seno
Está ya deseoso
De dar á tu valor digno reposo.
«El te dará la gloria
Que en el eterno cerco es mas tenida,
De abuelos clara historia,
A quien das nueva vida,
Por quien la grande España fué regida.
«Daráte en cambio desto,
De los eternos bienes la nobleza,
Deseo alto, honesto,
Generosa grandeza,
Claro saber, fe llena de pureza.
«Y en tu rostro se vean
De tu beldad sin par vivas señales,
Y tus dos ojos sean
Lumbreras celestiales,
Que lleven al bien sumo los mortales.
«Por todo el delicado
Cuerpo, como por vidrio transparente,
Resplandor admirado,
Gracia resplandeciente,
Divina, se descubre abiertamente.
«La esclarecida abuela,
Dechado de virtud y de hermosura,
De quien gloriosa vuela
La fama, en quien la dura
Muerte mostró lo poco que el bien dura;

»Y todas cuantas precio
De gracia y hermosura hayan tenido
Sean por tí en desprecio
Y puestas en olvido,
Cual hace la verdad con lo fingido.
«¡Ay tristes! ay dichosos
Los ojos que te vieren con sosiego,
Si fueren venturosos
Antes que prenda el fuego,
Contra quien no valdrán oro ni fuego!
«Ilustre y tierna planta,
Gozo del claro tronco y generoso,
Creciendo se levanta
A estado el mas dichoso
De cuantos vuelve el globo poderoso.»

EPITAFIO AL TÚMULO DEL PRÍNCIPE DON CARLOS.

Aquí yacen de Carlos los despojos,
La parte principal volviése al cielo,
Con ella fué el valor; quedóle al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

CANCION Á LA MUERTE DEL MISMO.

Quien viere el suntuoso
Túmulo al alto cielo levantado,
De luto rodeado,
De lumbreras mil copioso,
Si se para á mirar quién es el muerto,
Será desde hoy bien cierto
Que no podrá en el mundo bastar nada
Para estorbar la fiera muerte airada;
Ni edad, ni gentileza,
Ni sangre real antigua y generosa,
Ni de la mas gloriosa
Corona la belleza,
Ni fuerte corazon, ni muestras claras
De altas virtudes raras,
Ni tan gran padre, ni tan grande abuelo,
Que llenan con su fama tierra y cielo.
¿Quién ha de estar seguro,
Pues la fénix que sola tuvo el mundo,
Y otro Carlos Segundo,
Nos lleva el hado duro,
Y vimos sin color tu blanca cara,
A su España tan cara,
Como la tierna rosa delicada,
Que fué sin tiempo y sin sazón cortada?
Ilustre y alto mozo,
A quien el cielo dió tan corta vida,
Que apenas fué sentida,
Fuiste breve gozo,
Y ahora luengo llanto de tu España,
De Flándes y Alemaña,
Italia, y de aquel mundo nuevo y rico,
Con quien cualquier imperio es corto y chico.
No temas que la muerte
Vaya de tus despojos vitoriosa,
Antes irá medrosa
De tu espíritu fuerte,
Las inclitas hazañas que hicieras,
Los triunfos que tuvieras;
Y vió que á no perderte se perdía,
Y así el mismo temor le dió osadía.